

COMENTARIOS

UN ARTICULO DE JOAQUIN COSTA: «EL PORVENIR DEL ALTO ARAGON»

JOAQUIN Costa sintió desde su adolescencia preocupación por los intereses económicos de la provincia que le vio nacer; preocupación en la acepción de cuidado, atención, vigilancia y diligencia. Es éste un aspecto de su actividad mental poco conocido, acaso porque quedó relegado a segundo término ante los graves problemas de la España torturada de sus días, de aquel final del siglo pasado, doloroso e infecundo, que Costa juzgó con crítica dura y tajante sin concesiones.

Costa pensó mucho en el porvenir, en los nobles destinos de su alto Aragón, porque su presente era pobre; no tanto en lo que atañía a las instituciones familiares (orden jurídicosocial), ya en crisis entonces, sino en lo que afectaba a la agricultura rudimentaria, a la industria casi nula y al comercio escaso del país.

Uno de los elementos del porvenir de esta tierra es el fomento de los intereses agrícolas. La industria podría establecerse en condiciones favorables para la competencia, merced a la abundancia de ciertas materias primeras y a la baratura de los motores. Los ríos Cinca, Esera, Guatizalema, Gállego, Aragón, Alcanadre, Flumen, etc., corren hasta el Ebro con pendiente crecida, «que en su día proporcionará fuerzas hidráulicas en abundancia». El canal de Tamarite (hoy llamado de Aragón y Cataluña) y otros en proyecto pondrían en manos de la industria una suma de fuerza hidráulica «tal vez triple de la que el vapor suministra a todas las fábricas de Barcelona, distribuída en gran número de saltos por el ámbito de la zona regada».

Esos canales harían posible el cultivo racional del cáñamo, el aumento de prados y, por consiguiente, de lanas. Con motores baratos se multiplicarán las fábricas de harinas, de modo que no se exporte ni un solo grano de trigo sin haber sido pulverizado en el país. También podrá desarrollarse, y no poco, la fabricación de tejidos de lana, hasta tanto que se haya reducido su exportación y su importación elaborada.

Una vez cruzada la provincia de caminos carreteros, y que se aprovechen debidamente las fuerzas hidráulicas que brotan del Pirineo, podremos elaborar las lanas que producimos y las que nuestra agricultura debe producir de más.

Costa quería que los barbechos se convirtieran en alfalfares o en esparcetales; que se ahogase la trashumancia, dividiendo esos ganados interminables, que degeneran y se pierden con el relente de los campos y el polvo de los caminos; que cada agricultor se hiciera ganadero; que se mejorasen las razas por selección y cruzamientos, y así se daría abundante y escogida materia para el manufacturero establecido en medio de nuestros campos.

Apetecía finura en nuestros cáñamos, trayendo al efecto semillas a propósito; que la fibra se preparase con máquinas adecuadas, y no con las groseras nuestras, que son un complemento digno de los infectos pudrideros llamados balsas de enriar, o cocederos.

Es cara la carne porque hay poca, y porque cuesta mucho de criar. Si se cultivara mucha hierba y se criaran muchas reses, y éstas adquirieran un peso mayor en un tercio o en una mitad del que hoy adquieren, el ganado percibiría mayores rendimientos, aun vendiendo las carnes más baratas. Nuestra provincia en este sentido está llamada a ser una de las primeras. Para Costa, el ramo de producción de carnes era uno de los primeros y más lucrativos filones que hay que beneficiar de preferencia, porque abrirían a la economía doméstica y a la especulación un ancho camino, en el cual cabe producir un ochocientos por ciento más de lo que se produce.

Importamos en España maderas de todas clases por valor de muchos millones de pesetas, y «en nuestros montes se pudre la madera al contacto del mismo riachuelo que sería motor para trabajarla. Lo mismo digo del aguarrás y pez griega, que se importan de Francia y de los Estados Unidos. En nuestra provincia, donde abundan los pinos y hayas a precios fabulosamente bajos, podrá ser lucrativo el establecimiento de una fabricación de pasta de madera, para economizar el trapo en las fábricas de papel».

No digo nada—prosigue Joaquín Costa—de nuestros vinos y aceites, de muy buena clase, cuya mala fabricación hace que apenas visiten los mercados. Yo aconsejaría a los agricultores de la parte alta de la provincia que ensayaran el cultivo de la colza, y a los del mediodía el cacahuet. Estas semillas serán requeridas porque dan un aceite comestible cuando es reciente, y que tiene igual valor que el de oliva para los usos industriales a que se destina.

Costa falleció en 1911. El periódico «El Ribagorzano» (que había sido como la «Gaceta» del polígrafo) publicó en su número del día 15 de

julio del mismo año, en homenaje póstumo, el artículo suyo titulado *El porvenir del alto Aragón*, desconocido porque la tirada del semanario era corta, y solamente existe una colección completa en el archivo de la Diputación provincial de Zaragoza, por donación de su propietario don Faustino Gambón. Es un trabajo juvenil escrito cuando las obras del canal de Tamarite estaban paralizadas, pero que ya llevaba la impronta privativa del autor.

Yo no puedo entrar a juzgar si todo lo que Costa proponía en su interesante artículo es hacedero, o no; si hay, o no, algo de arbitrio. Pero creo que no ha perdido actualidad, y que si nuestro altoaragonés viviera, volvería a suscribirlo en gran parte.

He aquí el texto:

«En un país que como el nuestro da abundantes cosechas de trigos, y donde la vid ha prosperado en medio del más abandonado cultivo, no hay que esforzarse mucho por demostrar que en el desarrollo de los intereses agrícolas estriba uno de los elementos de nuestro porvenir. Otro elemento más reducido, pero también de grande importancia, es la industria, que en esta provincia, cual en pocas, podrá establecerse bajo múltiples aspectos y en condiciones favorables para la competencia, merced a la abundancia de ciertas materias primeras y a la baratura de los motores. Los ríos Cinca, Esera, Guatizalema, Gállego, Aragón, Alcanadre, Flumen, etc., nacidos en los elevados picos de la cadena pirenaica, corren hasta el Ebro con una pendiente crecida que en su día proporcionará fuerzas hidráulicas en abundancia.

»Lo que ha de favorecer más la implantación de industrias en la provincia, es el canal de Tamarite y otros en proyecto, que, sobre hacer posible el cultivo de cañamos, el aumento de prados, y por consiguiente de lanas, etc., pondrán en manos de la industria una suma de fuerza hidráulica tal vez triple de la que el vapor suministra a todas las fábricas de Barcelona, y, lo que vale mucho, distribuída en gran número de saltos por todo el ámbito de la zona regada.

»Con motores baratos se han de multiplicar las fábricas de harinas, de modo que no se exporte ni un solo grano de trigo, sin haber sido pulverizado en el país. También podrá desarrollarse, y no poco, la fabricación de tejidos de lana, hasta tanto que se haya reducido su exportación bruta y su importación elaborada. España exportó lanas hace unos años por valor de siete millones de pesetas, e importó tejidos de la misma materia por veintiún millones. ¿Por qué esa importación? Una vez surcada nuestra provincia de caminos carreteros, y que se aprovechen debidamente las fuerzas hidráulicas que brotan del Pirineo, podremos nosotros elaborar las lanas que producimos y las que nuestra agricultura debe producir de más. Conviértanse los barbechos en

alfalfares o esparcetales, ahóguese la trashumación, divídanse esos rebaños interminables que degeneran y se pierden con el relente de los campos y el polvo de los caminos, hágase ganadero cada agricultor, mejórense las razas por selección y cruzamientos racionales, y daremos abundante y escogida materia primera al manufacturero establecido en medio de nuestros campos.

»Lo que decimos de las lanas es también aplicable respecto de los cáñamos y sedas: pagamos en España más de 60 millones al extranjero por las sedas brutas y elaboradas que nos vende, y 150 millones por cáñamos brutos que nuestras fábricas necesitan. Parece que la agricultura española se ha declarado impotente ante la concurrencia de los cáñamos extranjeros, especialmente de Bolonia y otros puntos de Italia, Francia y Rusia. Es ciertamente cosa singular que tal suceda en una nación que en algún tiempo ha ejercido una especie de monopolio sobre la producción de cáñamos; pero como nunca hemos de ser avisados en eso de la competencia, mientras nosotros nos hemos dormido sobre los laureles sin reparar en que se marchitaban, otros han perfeccionado el cultivo y los procedimientos de laboreo de la planta, hasta el punto que ya nos arrancan lamentos de dolor. Preguntad a los valencianos qué tal les va con los cáñamos italianos que les hacen una competencia mortal en la calidad y precio. Hemos tenido ocasión de comparar las madejitas de cáñamo bolonés semejantes a la seda, con los morenos y bastos copos de España. Ya es hora de que hagamos algo en pro de la finura de nuestros cáñamos: impórtese la semilla de donde convenga y cultívese aparte para la procreación por si acaso la nuestra degenera; y sobre todo verifíquese más racionalmente el enriado y prepárese la fibra con máquinas adecuadas, no con las groseras nuestras que son un complemento digno de los infectos podrideros llamados balsas de enriar o cocederos.

»La higiene pública y el bienestar de las clases trabajadoras hacen al mercado mayores demandas de carne y a menor precio que las satisfechas. Es cara la carne porque hay poca y porque cuesta mucho que criar: si se cultivara mucha hierba, y se criaran muchas reses, y éstas adquirieran un peso mayor en un tercio o en una mitad del que hoy adquieren, el ganadero percibiría mayores rendimientos aun vendiendo las carnes más baratas; que es lo que sucede cuando hay abundancia, en beneficio de todas las clases. Preguntad al obrero barcelonés, por ejemplo, cuánta carne consume, y sabréis que no asimila sustancias azoadas en el grado que su organismo exige, y lo encontraréis escrofuloso, y a sus hijos raquíticos y enfermizos. Aquí sería el caso de que la industria echase en cara a la agricultura su egoísmo, si ésta a la vez no se hallara en iguales condiciones que la primera bajo igual respecto. Si

tenéis valor para penetrar en las intimidades de la vida agrícola, veréis los alimentos tan mermados como en cualquier centro fabril de España, aunque la salud se halle más floreciente a favor del aire puro que se respira la mayor parte del día. La agricultura de España tiene un deber sagrado respecto de los industriales y respecto de sí misma: no cumpliéndolo satisfactoriamente, se hace reo de homicidio y suicidio a la vez. Nuestra provincia en este sentido está llamada a ser una de las primeras; para nosotros, el ramo de producción de carnes es uno de los primeros y más lucrativos filones que hay que beneficiar de preferencia. El consumo del país por una parte, y la fácil salida que los ferrocarriles nos proporcionan, abren a la economía doméstica y a la especulación un ancho camino, en el cual cabe producir un 800 por 100 más de lo que se produce. España se provee en el extranjero de ganados de todas clases por un valor de 25 millones de reales, aparte de 35 millones más en cueros salados y al pelo; nosotros no exportamos más que por un valor de 19 millones en ganado.

»¿No es extraño y raro que España no produzca la carne necesaria para su consumo? Nuestros lectores tendrán ya noticia del considerable número de mulas que cada año se importan del mediodía de Francia a esta provincia; número que no bajará de 15.000 cabezas, cuyo importe al tiempo de la compra asciende lo menos a 15 millones de reales. Ya que por el presente nuestros labradores parecen poco dispuestos a adoptar el ganado vacuno para la labranza, ¿por qué no hemos de criar aquellas mulas y dejar en el país esos millones que podrían darle animación y vida? Tal vez se diga que compradas al otro lado del Pirineo, las mulas salen más baratas que criándolas aquí mismo; esto será cierto sin ninguna duda, mientras no entren en el cálculo como elementos de data los abonos, y mientras no se establezca la rotación de cosechas con abundancia de prados artificiales.

»También importamos en España maderas de todas clases por valor de 43 millones y medio; y hasta de París mismo se nos traen muebles ejecutados en roble, cuando en nuestros montes se pudre la madera al contacto del mismo riachuelo que sería motor para trabajarla. Lo mismo digo del aguarrás y pez griega que se importan de Francia y de los Estados Unidos; en las Landas francesas se cultiva el pino con el objeto primordial de obtener aquellos productos; en España los tenemos casi de balde, lo cual no obsta para que, a excepción de dos o tres puntos, no conozcamos la explotación de las resinas. En nuestra provincia, donde abundan los pinos y hayas a precios fabulosamente bajos, podrá ser lucrativo el establecimiento de una fabricación de pasta de madera para economizar el trapo en las fábricas de papel.

»No digo nada de nuestros vinos y aceites, de muy buena clase, y

cuya mala fabricación hace que apenas visiten los mercados. Yo aconsejaría a los agricultores de la parte alta de la provincia que ensayaran el cultivo de la colza, y a los del mediodía el cacahuet. Estas semillas serán requeridas porque dan un aceite comestible cuando es reciente, y que tiene igual valor que el de oliva para los usos industriales a que se destina.

»En resumen: el porvenir del alto Aragón estriba en dos puntos transcendentales que dan origen a derivaciones secundarias. Muchas hierbas, rebaños pequeños pero numerosos, abonos abundantes y cosechas *máximum* de cereales: he aquí la circulación natural en cuyo movimiento ha de multiplicarse nuestra riqueza rústica. Aprovechamiento de motores hidráulicos en la elaboración de las materias primeras aquí producidas, y perfeccionamiento de los sistemas de fabricación de caldos: tal es el complemento preciso de aquella circulación primordial. En saliendo de estos límites, todos serán detalles aislados o digresiones de ningún interés».

RICARDO DEL ARCO